

**DANIEL TANURO, *EL IMPOSIBLE CAPITALISMO VERDE. DEL VUELCO CLIMÁTICO CAPITALISTA A LA ALTERNATIVA ECOSOCIALISTA*,
Los libros de Viento Sur - La oveja roja, Madrid,
2012 (239 p.p), ISBN 978-84-937973-5-5**

Alfonso Rodríguez de Austria Giménez de Aragón¹

Ecotono S.C.A.

Universidad de Sevilla

INTRODUCCIÓN. CONTEXTO EN QUE LLEGA EL LIBRO

En las primeras páginas de su libro *La ecología de Marx*, editado en castellano en 2004, John Bellamy Foster afirma que el *pensamiento verde* ha llamado acertadamente la atención sobre dos temas centrales de la crisis socioambiental global: los límites del crecimiento económico y la cuestión del antropocentrismo frente al ecocentrismo. Permítasenos una larga cita, y tras ella una breve introducción, para situar el momento intelectual en que llega el libro de Daniel Tanuro:

Las virtudes de esta crítica se derivan de su implícito realismo, es decir, de su insistencia en la dependencia humana, en última instancia, de la tierra, y de la forma en que entiende la existencia como cambio irrevocable (la flecha del tiempo). La sugerencia última es que nos encontramos en un momento crítico de la relación humana con la tierra. La teoría social, se recalca, se ha construido sin ningún fundamento material sólido, ya que no incluye ninguna teoría significativa de la dependencia de los seres humanos del medio ambiente.

Sin embargo, a pesar de lo pertinente de esta crítica, la teoría social ambientalista no ha sido hasta ahora, en su orientación, lo suficientemente materialista, histórica o dialéctica, como para reconstruir la teoría social siguiendo unas líneas más realistas y más ecológicamente conscientes.

[...] la compleja tarea de retroceder históricamente hasta las raíces de la teoría social, y descubrir lo que se ha perdido y necesita ser recuperado, así como lo que necesita ser transcendido dialécticamente, se les hace imposible a estos pensadores (sociólogos ambientales) debido a la falta de una herencia intelectual crítica.

¹ ecotono5@ecotonored.es

En nuestra opinión, esta falta de una herencia intelectual crítica se manifiesta en los textos del *pensamiento verde* en al menos tres formas: el desconocimiento más o menos absoluto de las herramientas intelectuales de la tradición crítica², el rechazo explícito de estas herramientas, o, finalmente, su uso ineficiente (o inadecuado, poco riguroso, poco efectivo...).

Obviaremos la primera de las manifestaciones mencionadas para poner un par de ejemplos sobre la segunda y la tercera.

El posicionamiento más frecuente entre los teóricos del *pensamiento verde* es probablemente el rechazo en bloque de las herramientas intelectuales de la tradición crítica, en base a su probado fracaso a la hora de ser aplicadas en los 'países comunistas'. Desde luego el término comunista es usado por estos autores acriticamente, al nivel de los medios de comunicación de masas occidentales, y así, se considera comunismo el capitalismo de estado de los países del 'socialismo real'.

Encontramos aquí a autores como Serge Latouche, que, en la línea de Hans Jonas, después de hermanar 'comunismo' y capitalismo en base a su esencia productivista y antropocéntrica, rechaza de plano el pensamiento de Marx y sus posteriores desarrollos.³ Aunque también encontramos aquí a economistas más preparados e interesantes, como José Manuel Naredo, que fundamenta su posicionamiento y se enfrenta a la tradición crítica 'tradicional' (es decir marxiana y marxista) situándose en una estela de pensamiento que consideramos, junto a Bellamy Foster, «no lo suficientemente materialista, histórica o dialéctica».⁴

Por otro lado, un intento de reunir el *pensamiento verde* con la tradición crítica, el texto de Julio García Camarero *El crecimiento mata y genera crisis terminal*, nos sirve de ejemplo del uso ineficiente de las herramientas intelectuales legadas por esta tradición. García Camarero expresa las mejores intenciones al respecto al afirmar que para «conseguir este decrecimiento es necesario el trabajo en equipo de ecologistas y marxistas, pero indispensablemente con una apretada colaboración de unos movimientos sociales conscientes». En su análisis de la problemática ambiental utiliza conceptos como el de trabajo enajenado, plusvalía, o productivismo (lo que da una idea del avance sobre otros autores), adoptando una perspectiva integradora de las esferas natural y social. A pesar del esfuerzo del planteamiento, García Camarero no extrae en nuestra opinión las conclusiones que derivan del mismo, y acaba quedándose atrapado en los peores clichés del *pensamiento verde*, enredándose en la sempiterna y superficial culpabilización de los hábitos consumistas, y recomendándonos que renunciemos a la segunda vivienda (el chalé con piscina), el

² Nos referimos a conceptos como plusvalía, lucha de clases, modo de producción capitalista, concepción materialista de la historia, estructura del poder, etcétera.

³ Ni que decir hay que entre Marx y marxismo-s existe un paso, entre marxismo y 'socialismo real' otro gran paso, entre Marx y 'socialismo real' (comunismo en lenguaje latouchiano/medios de comunicación de masas) existen, pues, dos pasos que son obviados injustificadamente y por sistema al tratar el pensamiento de Marx.

⁴ Véase el capítulo dedicado a Marx en su obra *La economía en evolución*.

coche y las autopistas⁵, sin analizar en profundidad las causas económicas estructurales que han promovido este tipo de efectos, por otra parte muy localizados en un sector de la población: la clase media-alta.

A pesar del esfuerzo por ampliar la perspectiva, de nuevo la crisis socioambiental es reducida a un problema de valores, y la transformación de los elementos estructurales sólo podrá llegar *después* del necesario cambio de valores, tras la revolución cultural que toma por bandera gran parte del *pensamiento verde*. Citamos del capítulo final del libro, el apartado «Las diez erres», donde se da el siguiente tratamiento al tema de la transformación de las estructuras económicas: «Reestructurar: (adaptar las estructuras económicas y productivas al cambio de valores)».

Como encontramos en la gran mayoría del *pensamiento verde*, (tanto es así que casi podríamos considerarlo un elemento definitorio del mismo), García Camarero pone el carro delante de los bueyes, y propugna un cambio de valores para cambiar las estructuras (económicas y sociales), en vez de un cambio de estructuras que transformen los valores dominantes. Y lo hace incluso gramaticalmente, habla de «la desaparición del consumismo-productivismo» en vez de la desaparición del sistema de producción y consumo (o del productivismo-consumismo), dando primacía al consumismo cuando éste no es más que la variable dependiente del binomio.

De esta forma se obvia una evidencia que ya Marx expresó tempranamente (en *La miseria de la filosofía*) aunque, al parecer, no ha sido lo debidamente atendida ni reelaborada: el modo de producción, el sistema capitalista en este caso, no es sólo un sistema de producción de mercancías, sino que es además un sistema de producción de personas (o personalidades)⁶. Es decir, que el sistema productivo pone a su servicio un completo sistema ideológico (religión, educación, medios de comunicación, publicidad, cultura, arte, deporte...) para crear y reproducir el tipo de personas que le interesan. Las características, o los valores, de estas personas (que somos nosotras) son el individualismo, el sometimiento a la autoridad, la falta de crítica, la insensibilización, el consumismo, la inseguridad en nuestras capacidades, la incomunicación, el miedo, la confianza en el sistema político económico, el desconocimiento de alternativas, etc.

Intentar una transformación en el universo de los valores sin dirigirnos a la fuente creadora y productora de esos valores es como, en medio de un incendio, intentar

⁵ No es una broma: «Consideremos sólo tres de sus adiciones (sic, adiciones) consumistas absolutamente innecesarias, vendidas como una "felicidad prefabricada" y que no conducen a una mayor calidad de vida, sino a su deterioro gradual: la segunda residencia -el chalé con piscina-, el coche y una red de autopistas. Adiciones inducidas y convertidas en deseos míticos por la macroeconomía liberal.»

⁶ «¿Qué es lo que mantenía [en tiempos pasados] a la producción poco más o menos en las justas proporciones? Era que la demanda dominaba la oferta, que la precedía. La producción seguía paso a paso al consumo. La gran industria, obligada por los instrumentos mismos de que dispone a producir en una escala cada vez mayor, ya no puede esperar a la demanda. La producción precede al consumo, la oferta fuerza la demanda.» *La miseria de la filosofía*, Librería Bergua, Madrid, 1933, pag. 299. En la pág. 275 podemos leer: «El sistema de las necesidades ¿está fundado enteramente en la estima o en toda la organización de la producción? La mayor parte de las veces, las necesidades nacen directamente de la producción, o de un estado de cosas basado en la producción. El comercio del universo rueda casi por completo sobre las necesidades, no del consumo individual, sino de la producción.»

salvarnos de las llamas echándonos cubos de agua encima. ¿No sería más efectivo echar el agua sobre las llamas y apagar el incendio?

Pero ojo, no queremos con esto decir que la labor de cambio cultural (del consumismo al consumo responsable, por ejemplo, o del vivir para trabajar al trabajar para vivir) no sea necesaria y valiosa, sobre todo para la felicidad de las personas que siguen esta transformación. Sin embargo, como tendremos ocasión de repetir, centrar la lucha anticapitalista en el aspecto cultural, y esperar que una vez conseguido el cambio en los valores de la mayoría de las personas, le sigan las transformaciones estructurales (reparto de la riqueza y el trabajo, fin de la pobreza y la explotación, justicia ambiental...), es, en nuestra opinión y sin extendernos más, ilusorio y poco efectivo. Como estrategia de lucha y resistencia es, desde luego, la más favorable para el capital y la menos favorable para las personas que lo sufren.

El origen de las llamas del sistema capitalista ha sido señalado por muchos pensadores y pensadoras: la propiedad privada de los medios de producción y sus derivaciones, el trabajo asalariado, la extracción⁷ de la plusvalía y la acumulación de capital sobre la que se basa todo el sistema.

EL IMPOSIBLE CAPITALISMO VERDE. TEMAS

Y tras esta introducción podemos sin miedo afirmar que *El imposible capitalismo verde* tiende un puente entre la inexcusable perspectiva ecológica que debe tener toda teoría social crítica, y la perspectiva social que por rechazo o desconocimiento se encuentra prácticamente ausente en los textos representativos del *pensamiento verde*.

Los primeros capítulos del libro están dedicados a describir la actual crisis global de la mano preferente del llamado cambio climático, que el autor prefiere denominar *vuelco climático*, por su más que probable e imprevisible brusquedad. Partiendo de una sencilla explicación del ciclo del carbono, Tanuro lleva a cabo un recorrido que continua con los resultados de las investigaciones del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (GIECC, IPCC por sus siglas en inglés) y los modelos predictivos de las consecuencias del *vuelco climático*. Una vez conocemos las predicciones, llega el momento de tratar las políticas adoptadas por los países ricos para la paliación y la adaptación al mismo. Descubrimos con los datos sobre la mesa que⁸ «como suelen decir algunos "lo de Kyoto son migajas"», y que «aún así, esas migajas no han sido en absoluto inútiles a los contaminadores. En efecto, el protocolo ha servido de banco de pruebas para tres "mecanismos de flexibilidad": el Mecanismo para un Desarrollo Limpio (MDL), la Aplicación Conjunta (AC) y el Comercio de

⁷ Uso conscientemente un término asociado a los recursos naturales, para señalar que el trabajo humano no es para el capital más que un recurso más, pero muy especial sin duda por su característica de insuflar valor al resto de recursos naturales.

⁸ Para las citas textuales usaremos las comillas angulares («»), y cuando el texto citado incluya a su vez otra cita, usaremos las comillas altas (""") para ésta última. Por ejemplo, citamos el texto de Tanuro que a su vez incluye una cita: «como suelen decir algunos "lo de Kyoto son migajas"»

Emisiones. Oficialmente, se dirigen a facilitar el cumplimiento de los objetivos; en realidad, sirven para evitarlos y transformarlos en fuente de beneficios.»

Tras los capítulos dedicados al *vuelco climático*, el recorrido nos lleva por varios temas centrales en esta conjunción de pensamiento *rojiverde*. Haremos una breve mención a los que nos parecen más destacables, que no son los únicos. A saber: la falsa conciencia antrópica, el debate con Hans Jonas y el decrecimiento, «la política de mentecatos», la sobrepoblación, y la instauración de la ley del valor (de cambio) como criterio de 'racionalidad' en el capitalismo.

UNA FALSA CONCIENCIA ANTRÓPICA

El primero de los temas que mencionaremos da título al capítulo tercero, *Una falsa conciencia antrópica*. En él, Tanuro se centra precisamente en rebatir la existencia de esta falsa humanidad a la que se señala como responsable de los males ambientales en la gran mayoría de los textos del *establishment* verde. Como cuenta el autor, la causa del cambio climático «no son "las actividades humanas" en general -por no hablar del "hombre" en general-, sino un modo particular de esta actividad, histórica y socialmente determinada. Las sociedades anteriores no son responsables del calentamiento, como tampoco lo son las comunidades que perpetúan en la actualidad otras formas de producción.»

Que haya que dedicar un esfuerzo a describir lo evidente, que no todas las personas ni las comunidades tienen la misma responsabilidad en el cambio climático, es síntoma de la magna inversión realizada por el sistema para ocultar este hecho. Desde la más ligera campaña institucional, hasta los textos supuestamente radicales del *pensamiento verde*, pasando por el comprometido ecologismo de a pie, caen generalmente en esta falsa conciencia antrópica que generaliza la responsabilidad y, por ello, la diluye. Como gusta decir con sorna y retintín al educador ambiental Javier Esquivias: "El medio ambiente lo hemos estropeado todos, así que entre todos y todas tendremos que arreglarlo, ¿no?".

Es más, Tanuro no se queda en el nivel individual, sino que parte directamente de señalar a la lógica de la acumulación capitalista como motor de la destrucción del medio ambiente. La lógica de un sistema socioeconómico histórico, y dominante en la actualidad, pero no omnipresente, ni identificable con la humanidad.

HANS JONAS Y EL DECRECIMIENTO

Otro tema destacable es el análisis que el autor realiza sobre el pensamiento de Hans Jonas en *El principio de responsabilidad* (1979), y su desarrollo ulterior por parte de los teóricos del decrecimiento, que centran todas las energías en la crítica cultural al consumismo como responsable de los males que nos acucian en el terreno ecológico.

Tanuro vuelve a oponer la lógica a la 'lógica del capitalismo', para señalar otra vez una obviedad, oculta bajo kilos y kilos de literatura de lo que llama «producción ideológica de masas sobre la cuestión medioambiental». «El sobreconsumo deriva en última instancia de la producción y es el modo de producción lo que hay que atacar». El mito del consumo soberano, que supuestamente rige los designios de la producción a través de la elección de compra, es precisamente denunciado como mito, como falacia que alimenta una nueva dilución de responsabilidades, en favor de las ocultadas élites de poder. Resulta que la culpa de la situación la tiene la persona manipulada que compra el objeto maléfico y tóxico que le ponen por delante, no la persona que decide producir millones de objetos maléficos y tóxicos y venderlos gracias a toda la maquinaria ideológica a su servicio.

En fin, la transformación a través del consumo, el vivir mejor con menos del decrecimiento, se acerca más a la rendición de la que habla José Iglesias Fernández en su libro *Sobre el decrecimiento y otras rendiciones (2010)*⁹ que a un mecanismo transformador de la sociedad. En efecto, el retraimiento de nuestra capacidad de decisión al ámbito privado, al universo de los valores, y específicamente al consumo responsable, no puede ser visto más que como una rendición de la sociedad ante las fuerzas capitalistas y el sacrosanto mercado, cuyas leyes deciden (supuestamente) qué habrá de fabricarse, en qué cantidad y bajo qué condiciones. En otras palabras, lo público, lo que afecta al conjunto de la sociedad, es dejado en manos de las corporaciones, cuyo objetivo es maximizar el beneficio privado sin atender a otro tipo de consideraciones.

La transformación a través de la producción, la toma de decisiones democrática sobre lo que debe y no debe producirse, son los puntos a discutir en una agenda ecologista verdaderamente transformadora. Precisamente los puntos sobre los que se basa el comunismo: control social de los medios de producción. Apenas sorprende que, tras preguntarse «¿Quién puede afrontar mejor el peligro [ecológico], el marxismo o el capitalismo?», el argumento de Jonas en favor del capitalismo mueva a risa: «en suma, la solución tiene que ser la contracción más bien que el crecimiento; y la aceptación de esto les resultará más difícil a los predicadores de la utopía que a los pragmáticos libres de ataduras ideológicas». Ni que decir hay, lo recordamos, que para Jonas, como para Latouche, marxismo y comunismo son aquello que existía al este del telón de acero.

Finalmente, que Jonas crea que un aumento de la religiosidad ayudaría a salir de la crisis ecológica,¹⁰ cuadra bastante bien con el ascetismo del «vivir mejor con menos» y con el «salir del imaginario dominante» que propugna gran parte de la intelectualidad del decrecimiento. Desde luego, llevar una vida buena y salir del imaginario dominante es, en toda circunstancia, muy positivo para la persona, pero convertirlos en el método exclusivo de lucha o de resistencia al capitalismo será nefasto e inocuo. Nefasto en la

⁹ *Sobre el decrecimiento y otras rendiciones, Interpretación crítica sobre el decrecimiento y el consumo responsable*, José Iglesias Fernández. Libreando ediciones y Zambra-Baladre, Málaga, 2010.

¹⁰ Algún libro hemos leído de los últimos años que caracteriza esta «buena crisis» como una oportunidad para la reorganización espiritual interna, sin la cual no es posible la salida de la crisis socio-económica.

medida en que, como hemos señalado, reduce el campo de batalla al ámbito privado, olvidándose de lo público. Inocuo en la medida en que, para surtir los efectos ecológicos preconizados a nivel global, el seguimiento de estas prácticas debe ser mayoritario, y no claramente minoritario como es ahora, y como seguirá siendo si reducimos el campo de batalla a la cultura (el ámbito privado), olvidándonos de la estructura (el ámbito público).

No debemos equivocarnos, la lucha por el decrecimiento es una lucha política, y se dirime en el campo de lo público, no una lucha de valores o religiosa, que se dirime en el ámbito de lo privado.

POLÍTICA DE MENTECATOS

Sobre la política de mentecatos, que da título al capítulo sexto, tan sólo extraeremos una cita:

Porque el objetivo real de esos mentecatos no es luchar lo mejor posible contra el cambio climático sino favorecer el desarrollo de la ecoindustria, ofrecer un mercado a las PYMEs y llenar las listas de pedidos de los fabricantes verdes (que, además, modulan los precios de venta de sus paneles según los países, en función de las primas). De paso, se dan una imagen verde y distribuyen regalos a los contribuyentes/electores acomodados.

LA SOBREPoblACIÓN

El tema de la sobrepoblación es quizá uno de los que merece más atención crítica en los textos de la «producción ideológica de masas sobre la cuestión medioambiental», por lo rápido y mal como es ventilado. No es raro si se sigue en este asunto a autores como Georgescu-Roegen, capaz de cometer las mayores tropelías intelectuales en favor del Occidente dominante y en contra de los países «en vías de desarrollo», que son, desde luego, según el economista mencionado, los primeros que tienen que limitar su crecimiento demográfico, seguidos, eso sí, por los países ricos¹¹. La incongruencia de Georgescu-Roegen, que tiene bastante claro que el mayor consumo de energía y materiales por cabeza es el de los países ricos, es manifiesta. La incongruencia o la injusticia, porque la coherencia señala un camino bastante obvio si se acepta el juego del control demográfico: los primeros países que tienen que limitar su demografía son aquellos cuyos ciudadanos consumen más materiales, energía y

¹¹ Véase Nicholas Georgescu-Roegen, *Bioeconomía: una nueva mirada a la naturaleza de la actividad económica*, en *Ensayos bioeconómicos*. Los libros de la catarata, Madrid, 2007.

trabajo penoso ajeno, y desde luego empezando por los estratos sociales que más consumen.

El máximo representante de la derecha decrecientista, Serge Latouche, consigue aventajar a Georgescu-Roegen en incongruencia, incoherencia e injusticia, llegando al culmen del cinismo en su apuesta por lo que llama «la pedagogía de las catástrofes». Citamos a Tanuro:

Latouche [...] apuesta por la “pedagogía de las catástrofes” que, “por muy dolorosas que sean”, permitirán “impulsar el necesario cambio de imaginario que constituye la condición igualmente necesaria al resurgimiento y al triunfo de las alternativas”. Esta ‘pedagogía’ huele mucho a Malthus, y el autor, como Jonas, apenas lo oculta: “la capacidad de carga de la Tierra está completamente rebasada”, escribe. No nos dice cuántas vidas humanas deberán desaparecer para que la pedagogía sea eficaz, y tampoco se declara candidato al suicidio para hacer sitio...¹²

Para revelar con datos la incongruencia, Tanuro cita un estudio del año 1993, *The role of population growth in global warming*¹³, sobre el papel del crecimiento de la población en el cambio climático. Los autores del estudio analizan el periodo 1950-1990, del cual extraen tres conclusiones:

1. El crecimiento de la población de los países «en vías de desarrollo» ha contribuido significativamente menos al aumento de emisiones que el crecimiento del consumo en los países desarrollados.
2. Si los países del Sur hubiesen frenado su población al nivel de 1950, y a la vez hubiesen alcanzado el nivel de emisiones de CO₂ por habitante de los países del Norte, el calentamiento sería mucho más grave que el que conocemos.
3. Si las emisiones por habitante de los países del Norte hubieran igualado a las emisiones de los países del Sur, el calentamiento sería mucho menos grave, incluso en ausencia de cualquier política de control demográfico.

En definitiva, que hay que volver a afirmar insistentemente las verdades de perogrullo, para que las personas que se acerquen con su mejor intención al mundo del ecologismo no sean engañadas por los trileros de la peor *ideología verde*, el ecofascismo, o la justificación ideológica del fascismo en términos ecológicos. Hay que afirmar verdades como que población y consumo son variables relacionadas pero independientes. Es decir, que aunque todas las personas sean por definición consumidoras, existen diferencias abismales entre sus niveles de consumo. En definitiva, que a nuestro querido planeta le viene mejor la desaparición de un gran consumidor que la desaparición de un millón de pequeños consumidores. Coincidimos

¹² Las frases que Tanuro cita de Latouche pertenecen al libro *Sobrevivir al desarrollo*, Serge Latouche, Icaria, Barcelona, 2007, como apunta el autor en una nota a pie de página.

¹³ Françoise Bartiaux y Jean-Pascal van Ypersele, *The role of population growth in global warming*, IUSSP, International Population Conference, 1993, vol. 4, p. 33-54.

seguramente con Latouche en que esta única desaparición no podría considerarse una catástrofe, aunque también pueda hacerse pedagogía sobre ella.

Tanuro concluye el tema afirmando que «la demografía es un factor que debemos tener en cuenta, no una causa del cambio climático, y todavía menos una solución al reto de la reducción drástica de emisiones que debe afrontarse en plazos extremadamente breves.»

LA LEY DEL VALOR

El último tema que reseñaremos de *El imposible capitalismo verde* es la instauración de la ley del valor como criterio de racionalidad política, a la hora de la toma de decisiones en el contexto de la crisis ecológica.

Tanuro señala que la esencia del sistema económico capitalista es la producción de valores de cambio, en vez de valores de uso, y que este valor de cambio (representado por el dinero) se convierte tanto en el objetivo como en la medida de todas las cosas.

En el problema que nos ocupa [la política climática], la ley del valor se expresa en primer lugar en que el criterio de *cost-efficiency*, "coste-eficiencia" o eficiencia relativa a costes, se erige en criterio de racionalidad y de pertinencia a todos los niveles, desde la orientación global hasta la elección de las tecnologías particulares que deben aplicarse en cada caso preciso. El espíritu crítico frente al capitalismo se ha apagado hasta tal punto que los observadores y expertos de la cuestión climática consideran que esta preeminencia es evidente, como si el coste-eficiencia fuera una aplicación particular de una ley natural de mínimo esfuerzo que se aplica al conjunto de seres vivos.

En la línea de este criterio preeminente en la toma de decisiones, Tanuro vuelve a tratar el mercado europeo de derechos de emisión (ETS), basado en una política de compensación de emisiones de CO₂. Es decir, en la adquisición de permisos de emisión, que se obtienen gracias al desarrollo de actividades que compensan estas emisiones, como por ejemplo plantar árboles, el aislamiento térmico de edificios o el uso de paneles fotovoltaicos. En un sistema regido por la ley del valor, los permisos de emisión de una tonelada de CO₂ son mercancías que sólo se diferencian por su coste. Según la lógica capitalista, la tendencia es obligatoriamente la obtención del permiso que lleve menor coste aparejado, sin importar la significación y la calidad ecológica de la compensación misma.

Así, nos encontramos con que la medida más barata, plantar árboles en el tercer mundo, es precisamente la menos significativa desde el punto de vista ecológico: no es lo mismo crear un sumidero de CO₂ que eliminar una fuente de emisiones. Ésta es en realidad sólo «una medida temporal que permite ganar tiempo sin resolver nada estructuralmente».

Otro ejemplo que pone el autor, punta de lanza de algunos sectores de la *economía verde*, es la «internalización de externalidades».

Lo que vienen a decir es que es necesario cuantificar económicamente las externalidades negativas (es decir, las consecuencias no deseadas como la contaminación) provocadas en los procesos productivos, para internalizarlas, para tenerlas en cuenta a la hora de fijar un precio de esas mercancías. Según este punto de vista, el carbono (en la forma de petróleo por ejemplo) es actualmente demasiado barato porque no se tienen en cuenta estas externalidades, porque en el precio no se contabilizan consecuencias como el desplazamiento de los pueblos cercanos a los yacimientos, el agua contaminada, el trabajo que les costará a las generaciones futuras des-saturar la atmósfera contaminada, el tratamiento de las enfermedades que esta atmósfera provoca, etc.

En palabras de René Passet (1996): «un sistema de tasas o subvenciones juiciosamente confeccionado inducirá a las empresas a fijar entonces sus producciones en el nivel donde se equilibran los costes y los beneficios, no ya individuales, sino colectivos: el óptimo alcanzado será un óptimo social.»¹⁴

Es decir, si no he entendido mal la propuesta, lo que se pide es que la política obligue a las empresas a internalizar las externalidades, de forma que los precios suban hasta un nivel disuasorio del consumo masivo, y por lo tanto, que se reduzca la producción y acaben desapareciendo las ramas productivas con más externalidades negativas (más nocivas). De esta forma los capitales se desplazarían, obligados por la política ambiental, hacía los sectores de producción más verdes. Un capitalismo reverdecido, respetuoso con el medio ambiente, en el que la política ha sabido imponerse, y en el que la empresa privada renunciará por su propio beneficio a las energías contaminantes del subsuelo en favor de las renovables.

En otras palabras, se pretende obligar a un sistema de producción de valores de cambio a que renuncie a la acumulación en los sectores productivos más asentados y poderosos, y que migre a otros sectores menos perjudiciales desde el punto de vista ambiental.

Según Tanuro, «que esta política resulta impracticable debería saltar a la vista, pero los ánimos están tan moldeados hasta tal punto por la ley del valor y por la venalidad generalizada que deriva de ella, que apenas podemos concebir resolver un problema si no es actuando sobre el precio del factor que lo ha desencadenado».

Quizás una solución más rápida sea no dejar las decisiones sobre la producción en manos de la empresa privada, que busca por definición su beneficio privado. Tal vez la planificación pública sirva de algo en este sentido, y anteponer el bien de la comunidad al beneficio privado sea gran parte de la solución al problema. Pero no. «Pregunten a cualquier economista cómo evitar la catástrofe: rarísimos serán los que propongan

¹⁴ René Passet, *Principios de bioeconomía*, Fundación Argentaria - Visor Distribuciones, 1996. Passet menciona dos objeciones a la «necesaria pero insuficiente» internalización de las externalidades: que esta perspectiva implica que «todos los impactos externos son, si no cuantitativos, al menos cuantificables y susceptibles de expresarse en términos monetarios», y que «en sus relaciones con el medio ambiente las teorías de la internalización obvian en hecho de que la naturaleza no se guía por la lógica del aparato económico».

poner la energía bajo estatuto público; la mayoría recomendarán imponer un precio al carbono (ojo: no excesivo) determinado en función de la estimación de los daños del calentamiento.»

De apariencia *verde*, la internalización de externalidades es otro mecanismo de mercado que, además, repercute únicamente en los consumidores y consumidoras, sin afectar, más que cualquier otro mero cálculo cuantitativo, a las decisiones sobre la producción. Como el aumento de precio corre a cargo de los consumidores, las empresas no pierden nada por seguir provocando externalidades desastrosas en los procesos productivos.

Desde luego, no podemos olvidar que el sentido último del sistema de producción capitalista es la acumulación, con lo que la internalización de externalidades está indefectiblemente ligada a la capacidad de consumo de la población. Es decir, que si esta capacidad de consumo puede asumir algunas externalidades que aumenten los precios, así se hará por puro negocio. Pero en el momento en que la cuantificación de las externalidades deje de ser rentable por restringir el nicho de negocio a la clase más alta, volverán a ser dejadas de lado bajo la cobertura del sacrosanto argumento de la pérdida de puestos de trabajo, y los precios bajarán hasta alcanzar el techo de ventas, un objetivo al que la empresa privada no puede renunciar.

PRÓLOGO Y POSTFACIO

Con los títulos «Resistamos ahí» y «La ecología de Marx (y Engels)» respectivamente, firma Jorge Riechman el prólogo y el postfacio. En éste último nos recuerda que una perspectiva teórica adecuada ha de ser socio-ecológica, y de la mano de Manuel Sacristán nos conduce por aquellos pioneros «atisbos político-ecológicos de Marx» (y Engels) que nos demuestran la poca justicia que se ha hecho a estos pensadores desde el *pensamiento verde*. Sin llegar al entusiasmo de Bellamy Foster o Paul Burkett, se analizan algunos detalles del «protoecologismo» de Marx y Engels. El más interesante es quizás el concepto de «fractura metabólica» entre el ser humano y la naturaleza que manejaron estos autores. Esta fractura metabólica está basada en la rotura del ciclo de nutrientes de las plantas, debido a la proliferación de grandes ciudades y la pérdida del abono que suponen los excrementos de personas y animales en estos entornos artificiales. Otro detalle del mencionado «protoecologismo» lo encontramos en su discusión sobre la contabilidad energética de la agricultura y del trabajo humano propuesta por Sergei Podolinsky en 1880, presente en cartas de Engels a Marx y en anotaciones de éste mismo. Sobre el caso Podolinsky es interesante contrastar el juicio que hacen Martínez Alier y Naredo, en el sentido de que Engels rechazó y Marx ni siquiera hizo caso de las ideas de Podolinsky, con la perspectiva aportada por Bellamy Foster y Burkett, según la cual no sólo le hicieron bastante caso sino que además establecieron con él un provechoso intercambio de ideas. Así se desprende, al parecer, de la lectura combinada de las cartas de Engels, las anotaciones en los cuadernos de de Marx, y las cuatro versiones sucesivas y cada vez más completas del texto de

Podolinsky, publicado en cuatro idiomas diferentes entre 1880 y 1883, el año de la muerte de Marx.

Nos quedamos, para terminar, con un párrafo del libro tercero de El Capital citado por Riechman:

La libertad en esta esfera [el reino de la necesidad natural] sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores socializados, gobiernen el metabolismo humano con la naturaleza de un modo racional, poniéndolo bajo su propio control colectivo, en vez de estar dominados por él como una fuerza ciega; realizándolo con el menor gasto de energía y en las condiciones más dignas y apropiadas para su naturaleza humana.

BIBLIOGRAFÍA

Bellamy Foster, John (2004): *La ecología de Marx, El Viejo Topo*.

Burkett, Paul (2006): *Marxism and Ecological Economics. Toward a Red and Green Political Economy*, Leiden-Boston, Brill.

García Camarero, Julio (2009): *El crecimiento mata y genera crisis terminal*. Madrid, Los libros de la catarata.

Georgescu-Roegen, Nicholas (2007), *Ensayos bioeconómicos*. Madrid, Los libros de la catarata.

Iglesias Fernández, José (2011): *Sobre el decrecimiento y otras rendiciones. Interpretación crítica sobre el decrecimiento y el consumo responsable*. Málaga, Zambra, Libreando ediciones y Baladre.

Latouche, Serge (2006): *La apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario dominante?* Barcelona, Icaria.

Latouche, Serge (2009): *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*. Barcelona, Icaria.

Marx, Karl (1933): *La miseria de la filosofía*, Madrid, Librería Bergua. (Primera edición de 1847).

Naredo, José Manuel (2003): *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*. Madrid, Siglo XXI.

Passet, René (1996) *Principios de bioeconomía*, Fundación Argentaria – Visor Distribuciones Ecotono S.C.A.